

Britania Romana y Muro de Adriano (Viaje realizado del 6 al 16 de Julio de 2017)

Me dispongo gustoso a cumplir el encargo de hacer una reseña. Pocos días después del regreso a casa, las imágenes, recuerdos y sensaciones se agolpan en mi mente con cierta confusión, por lo que se impone una reordenación previa.

En primer lugar debo señalar que este viaje se había hecho con anterioridad, concretamente en el 2006. Como es tradición en estos casos, se han encargado de su dirección los mismos que lo organizaron antaño. Y esta segunda vez han conseguido que el itinerario, “repensado”, haya resultado perfecto. Así se ha podido ver, sin “tiempos muertos”, prácticamente todo lo programado, salvo imponderables del momento. La participación ha sido tan numerosa que ha forzado a los organizadores a hacer dos expediciones diferentes. La primera (en la que ha viajado el que suscribe) ha tenido la suerte de contar con la dirección de Mercedes Montero, ex tesorera de la Delegación, y Jesús de la Villa, ex presidente y actual presidente de la Nacional. La dedicación y buen hacer de ambos son de sobra conocidos y han brillado con una luz especial en estos días.

Ha sido un viaje denso y muy variado. Si tratamos de ordenar un poco la multitud de lugares y monumentos visitados, podríamos dividirlo en dos partes bien diferenciadas. La primera, más puramente arqueológica, comprendería el Muro de Adriano propiamente dicho y sus aledaños. La segunda, más heterogénea y variada, ha tenido como plato principal las más significativas catedrales inglesas. Así (no sé si consciente o inconscientemente) el viaje ha ganado en interés y variedad al evitarse el lógico cansancio que trae consigo la repetición día tras día de lugares parecidos.

Si pensamos que Britania fue una de las zonas periféricas del Imperio donde la acción civilizadora de Roma llegó más tarde y donde, por avatares históricos diversos, perduró menos que en otras más céntricas, cabría esperar que los restos arqueológicos fueran escasos o de poca relevancia. Pues bien, la primera sorpresa ha sido el constatar que no es así. Los minuciosos trabajos de excavación llevados a cabo durante años (especialmente en la zona del Muro) y, algo que los británicos saben hacer perfectamente, la esmerada presentación de sitios y museos, han dado como resultado una verdadera red de lugares dignos de visitar incluso para el gran público no especializado en estos temas. El Muro como tal merece una mención especial. Sus restos son visibles en muchas zonas. No está completo: en muchos de sus tramos ha perdido altura y en otros ha desaparecido. Nosotros hemos visitado las partes más cercanas a los campamentos. Al recorrerlo pudimos comprobar que no fue sólo una edificación defensiva, sino más bien, una muestra del poderío romano y una frontera abierta y permeable, que permitía la comunicación y el comercio entre ambos lados, pero marcando la diferencia entre la forma de vivir de un lado y la del otro. Quizá el mayor encanto de su visita resida en verlo enclavado en un paisaje único, con animales pastando en unas praderas siempre verdes, rodeadas de bosquecillos que son como islas de un verdor más oscuro. Paisaje bucólico donde los haya. Añádase el clima primaveral y prácticamente sin lluvias que hemos tenido la suerte de disfrutar. Ahora, al evocarlos, me resulta difícil, desde el tórrido verano hispánico, pensar que esos días han existido realmente, que no han sido un sueño.

Hemos visitado un total de seis asentamientos militares. En todos ellos, sin excepción, se podía ver con claridad meridiana tanto el muro perimetral como la clásica estructura hipodámica con las cuatro puertas, el *cardo maximus*, el *decumanus maximus*, y las vías secundarias que albergaban las tiendas o barracones de los soldados. Y, en el centro, nunca faltaban la casa del comandante del campo y los *principia*. Este modelo se repitió, con muy escasas variantes, en todos los campamentos visitados. En cada sitio terminábamos con la visita del museo local (o centro de interpretación según la terminología actual) que ofrecía datos siempre interesantes sobre el yacimiento y piezas arqueológicas encontradas *in situ*. Pudimos comprobar que entre los campamentos existen ciertas diferencias que se corresponden a las funciones específicas de cada uno. Unos se hallan adosados al muro, como Chesters, o Birdoswald, otros a varios kilómetros, como Corbridge. Varios de ellos derivaron en ciudades habitadas por civiles. El ejemplo más

notorio es la ciudad donde se ubicaba nuestro hotel, la actual Newcastle, fundada como fortín militar cercano al Muro para defensa de un puente sobre el Tyne, con el nombre de *Pons Aelius* (del *nomen* del emperador *Publius Aelius Hadrianus*). A escasos kilómetros de allí en dirección a la costa, en el arranque oriental del Muro, se encuentra *Segedunum*. Una alta plataforma, accesible con ascensor, nos permitió descubrir de un golpe de vista todo el recinto. El edificio de las termas estaba cerrado pero en sus proximidades pudimos ver los primeros metros del arranque del Muro. Corbridge puede servir de ejemplo de asentamiento más parecido a una ciudad que a un campamento. Allí el grupo se dispersó entre importantes edificios civiles tales como termas, tiendas y unos espectaculares graneros, muestras de su utilización civil, incluso después de la caída del Muro. El campamento más espectacular y completo es *Hausesteads*, con importantes vestigios del asentamiento civil adyacente. Está situado en lo alto de una colina con unas vistas maravillosas. Una tarde relativamente soleada permitió hacer la primera foto de grupo junto a una de las puertas, foto que puede verse al final de esta reseña. También merece citarse *Vindolanda*, celebre por las tablillas que exhibe en su museo (difícilmente legibles por su escasa iluminación), que contienen cartas y textos ilustrativos de la vida privada de la zona. Por cierto, en *Vindolanda* ocurrió un incidente debido a la falta de sensibilidad humana de los empleados del sitio. Era la hora de cerrar y había que salir por un torno. A Cari y acompañantes las “echaron” literalmente a la calle por otra puerta, ya que la silla de ruedas no podía pasar por el torno, y allá quedaron, desamparadas y sin conocer el camino hasta el autobús. Tras un largo rodeo para regresar al torno, Cari tuvo que “pasar por el aro” y la silla por encima del muro. ¿Será por muros en este viaje?

Varias veces se aludió a la dureza especial de la vida militar en aquellas tierras. Y ahora, al recordar esos días, se me ocurre que el grupo, con su entusiasmo, era como un *vexillum veteranorum*, guiados con maestría por el *vexillarius* Jesús y la *vexillaria* Mercedes. En efecto, allí se habían asentado tropas procedentes de las zonas más lejanas del imperio, también de Hispania. ¿No podíamos ser nosotros la reencarnación en el siglo XXI de aquellos soldados antepasados nuestros? Lo nuestro era duro, sin duda, pero mucho más cómodo. Pero, pensándolo mejor, quizá la diferencia no fuera tanta ya que estábamos en un *vexillum* de veteranos, quienes también en la Antigüedad tenían sus prebendas.

Pero no todo fueron establecimientos militares. Antes de eso pudimos disfrutar de la hermosa ciudad de Edimburgo, puerta de entrada del viaje. El ascenso a *Carton Hill* nos ofreció vistas espectaculares de su gris arquitectura, tanto de la ciudad vieja como de la georgiana, y de su ensenada. Los paseos por *Royal Mile* y por el barrio neoclásico, el ascenso al Castillo, y las visitas de la Galería Nacional de Escocia y de la colección romana del Museo Nacional ocuparon los dos primeros días del viaje. La visita a la bella *Rosslyn Chapel* nos acercó al mundo del esoterismo y fue allí donde un grupo de viajeros nos divertimos de lo lindo tratando de descifrar una alegoría de la muerte.

Mención aparte merecen las abadías de *Melrose* y *Jedburgh*, enclavadas en un entorno que invitaba a la contemplación romántica. Armazones de los inmensos ventanales de la Iglesia de *Melrose* dejaban ver un cielo azul poblado de nubes blancas y algodonosas. El personal se solazó a lo grande recorriendo entre verduras los restos escasos de las estancias abaciales. Mucho más entera estaba *Jedburgh*, que lucía esplendorosa las ojivas de sus muros intactos, aunque desprovistos de cubierta. Ambas mostraban sus potentes estructuras como esqueletos destartados, víctimas de guerras y otros avatares históricos poco amigables y del paso inexorable de los siglos. El recorrido entre tanta belleza fue el disfrute de la ruina al más puro estilo de los románticos del siglo XIX.

Las grandes catedrales inglesas ocuparon gran parte de nuestra actividad en los días posteriores. Además de la de Newcastle, las visitas de las de *Durham*, *York*, *Oxford*, *Salisbury*, *Chichester* y *Canterbury* resultaron extraordinarias y provocaron nuestra admiración por las inmensas proporciones de los edificios y por la belleza de las obras de arte que contienen. Son auténticos museos. Comenzamos por la de *Durham*, en estilo románico normando aunque con múltiples añadidos posteriores en otros estilos; siguió la de *York*, la más grande de todas las catedrales inglesas, muestra de la evolución del estilo gótico inglés, con sus grandes y bien conservadas vidrieras. Recuerdo especial merecen las de su sala capitular, hermoso edificio anexo de planta

octogonal. La de Salisbury, de caliza blanca, es quizá la más vistosa. Sus inmensas ojivas, esbeltas y puntiagudas hacen como si toda ella se elevara hasta culminar en la altísima aguja de la torre del transepto. Siguió la de Chichester, pequeña ciudad que conserva los muros y la planta del campamento romano de *Noviomagus*. Donde en su día estuvo la zona sagrada de campamento, muy cerca de la confluencia del *cardo* con el *decumano*, pudimos admirar esta catedral que fue iniciada en estilo normando, con la única torre exenta de toda la isla. Y finalmente la de Canterbury, muy relacionada con momentos importantes de la historia de Inglaterra, como el asesinato de Santo Tomás. Tiene tales proporciones que podríamos decir que son tres catedrales en una. Recorremos en respetuoso silencio su austera cripta en estilo románico normando. Sobre ella se levanta la catedral románica pero no podemos visitarla: hemos llegado con el tiempo muy justo y, por si fuera poco, nos impiden el paso porque se va a celebrar en ella un concierto. Son avatares imprevisibles de los que no se libra ningún viaje. Sí podemos ver, en cambio, la nave gótica, añadida en el siglo XV, y tan grande como la anterior y a un nivel diferente. A medida que avanzábamos en nuestro recorrido, cierta terminología empleada en las explicaciones, se nos fue haciendo paulatinamente familiar. Por ejemplo, las distintas fases de gótico inglés, los términos técnicos y ciertas características especiales que distinguen las catedrales inglesas de las continentales, tales como la planta de doble crucero, o la cabecera cuadrada y sin ábsides y de una longitud inusual, a veces superior al resto de la nave. Hasta aquí nuestra "peregrinación catedralicia".

Pero no sólo de catedrales vive el viajero. Por ejemplo, en York, antigua *Eboracum*, castro sede, entre otras, de la legión *IX Hispana*, y más tarde capital de una de las dos provincias de Britania, dimos un agradable paseo vespertino y recorrimos los restos romanos y la ciudad medieval. Lo mismo cabe decir de las demás ciudades: tras ver la catedral, explorábamos el entorno.

Lugar preeminente merece la visita a las termas de Bath (*Aquae Sulis*) construidas aprovechando un manantial de aguas termales. Allí pudimos comprobar por qué es considerado el yacimiento romano más importante de Gran Bretaña. Ayudados en este caso por una audioguía individual, fuimos recorriendo atónitos todo el complejo que está edificado, en el subsuelo de la ciudad actual, en torno a una gran *natatio* porticada. Comprende, además de los restos de un templo dedicado a Sulis-Minerva, las conocidas dependencias de cualquier terma romana. Pero hay algo que la hace diferente y es la riqueza y la extraordinaria presentación de los materiales, fruto de la aplicación de las técnicas museísticas más avanzadas.

En Oxford, uno de los centros del antiguo y actual saber anglosajón, comprobamos con envidia que los ingleses están orgullosos de su pasado y que saben conservarlo. Visitamos el colegio Christ Church, cuya capilla es además la catedral de la ciudad. La misma sensación tuvimos en Stradford Upon Avon, cuna y sepulcro de Shakespeare, donde pasamos un día de lluvia incesante. Y en Stonehenge. En la villa romana denominada palacio de Fishbourne, también modelo de recuperación, con sus mosaicos y jardines, nos acercamos a la forma de vivir de un magnate local del siglo I. Parece que tenemos el síndrome de los fuertes militares, pues, a cientos de kilómetros del Muro de Adriano, en Portchester, encontramos un recinto amurallado construido en el siglo III, completo y en perfecto estado, con escasas refecciones medievales, que sirvió en su origen para defender la costa del Canal. Recorremos todo su perímetro en una tarde soleada y calentita. Y ya al final visitamos el Londres romano, cada vez más "enterrado" por la actual fiebre constructora que padece la ciudad.

Deseo resaltar expresamente que las explicaciones nunca faltaron en todo el recorrido. Saltaba a la vista que nuestros jefes se habían preparado el viaje concienzudamente. Con la claridad y el entusiasmo que distingue a los buenos profesores de los que no lo son, iban haciendo sus intervenciones de forma complementaria: primero Mercedes hacía una introducción general en el autobús y a continuación Jesús, ya *in situ*, la ampliaba y detallaba. Además, en Edimburgo, York, Oxford y Londres dispusimos de otros tantos guías locales bastante competentes. Y Víctor, el guía de la agencia y que nos asistió y acompañó durante todo el trayecto, completó la información hablando sobre la vida actual en Gran Bretaña y sobre temas varios como, por ejemplo, la historia de María Estuardo o el proceso de elaboración del whisky.

Una mención aparte merecen los Grandes Museos. Paso a enumerarlos aun a riesgo de olvidarme de alguno: Scottish National Museum y Scottish National Gallery en Edimburgo, Great Nord Museum en Newcastle, Ashmolean Museum en Oxford, Museum of London, National Maritime Museum en Greenwich y, como colofón, el British Museum. Las explicaciones de Jesús fueron todo un lujo, dejando patente que su saber, además de a la Filología Clásica, se extiende a materias tales como la Historia Universal y la Historia del Arte. Ese saber, si se me permite, enciclopédico se manifestó ya en la Galería de Pintura de Edimburgo. En el Ashmolean las cortapisas impuestas por ser un grupo demasiado numeroso le impidieron terminar las explicaciones que tan bien se había preparado y que tanta ilusión le hacía dar. El broche final fue el recorrido por el Británico, con una explicación magistral de veinte obras maestras elegidas por él mismo.

Viaje más completo no cabe. Desde la distancia parece imposible haber visto y vivido tanto en tan pocos días. Sólo me queda hacer una alusión a los buenos ratos pasados en agradable camaradería con otros viajeros, sea en el autobús, en el restaurante o tomando una pinta de cerveza en un pub. Por suerte no ha habido percance alguno digno de mención y eso también ha contribuido al clima de amistad y concordia que ha reinado en todo momento. Eso es lo que más nos enriquece y nos anima a pensar en viajes futuros. Por último, (me atrevo a hablar en nombre de todos los viajeros) deseo que conste expresamente el agradecimiento a las dos personas que han dirigido la expedición. Sin ellos no habría sido lo mismo.

Crescente López

